

MUCHOS NOMBRES, MI NOMBRE

Angie Ortíz¹

Cuando recuerdo aquellas épocas trabajando en una escuela especial de la Provincia de Buenos Aires, desde mi rol docente, es inevitable no recordar esas rutinas diarias en las cuales debía proponer actividades guiadas con agendas, utilizar pictogramas, imágenes, fotos, etc. ¡Siempre en esas rutinas algo de magia tenía que haber! Toto estaba allí entre sus compañeros, era un estudiante nuevo en la institución y la magia a la que me refiero tiene que ver con esos momentos donde los contenidos educativos eran tan importantes como que un niño exprese frases como: “¡Hola señor!, ¿te cuento qué hice el fin de semana?”

Todos los días las rutinas se repetían porque practicábamos dar el presente, colocar la fecha en el cuaderno, reconocer nuestros nombres y el de los compañeros de Toto. Como señor intentaba que él pudiera comunicarse verbalmente, pero eso aún no ocurría.

A veces me tomaba la mano y me llevaba hasta donde estaban los objetos que deseaba, otras veces lo demostraba con diferentes conductas como gritos, llantos o resistencia a hacer cosas de la rutina diaria, hasta que alguien entendiera que quería. Todos los días trabajábamos con la rutina de tomar lista para saber quiénes estaban presentes en la escuela. Quería lograr que él pudiera reconocer su foto y su nombre, que lograra nombrarse. Toto se negaba a participar levantando la mano, a pararse, a tomar su foto y el cartel de su nombre o a decirlo en voz alta. Le ofrecía mi mano y él se levantaba para que realizáramos la rutina, solo quería aferrarse a mí o continuar sentado. ¿Realmente era significativo para Toto reconocerse en una foto y reconocer el cartel de su nombre?

¹ Licenciada en Psicopedagogía, Universidad de Flores (UFLO). Orientadora del Aprendizaje, Escuela Primaria N° 46 "Juan XXIII".

Comenzamos a utilizar una antigua cámara digital, las que hoy en día reemplazamos por los celulares. ¡A Toto le encantaban los objetos electrónicos! Surgía esa mirada de satisfacción cada vez que le ofrecía su caja. Esa caja donde se encontraban sus elementos de preferencia como juguetes luminosos, letras coloridas, su tablet, una pelotita anti-stress, entre otros objetos. Caja que habíamos armado junto a su familia cuando decidimos que Toto tuviera elementos de preferencia en la sala. Esos objetos que son muy personales, que solo cada uno de nosotros sabe que significan y que en este caso calmaban a Toto.

Empezamos a familiarizarnos con la cámara. Comencé a sacar fotos en compañía de Toto. Recorríamos diferentes espacios de la escuela, capturando imágenes que luego le iba mostrando. Él las miraba, pero no llamaba mucho su atención. Entonces, fue cuando le propuse que la tome, apriete el botón y saque fotos. ¡La magia empezaba a ocurrir, estaba a un paso, solo había que observar con atención!

Al principio esas fotos eran borrosas y desenfocadas. Empezamos a practicar para que pudiera verlas en la pequeña pantalla. A veces tocaba el botón para sacar sin un objetivo concreto. Empecé a indagar con señas y en diferentes rutinas cuáles eran sus intereses y así comencé a darme cuenta cuáles eran sus personas, lugares y objetos favoritos. Esos momentos mágicos en los cuales podía conocer más a Toto, momentos que me permitían conocer sus verdaderos intereses. Me preguntaba: ¿para todos los niños era importante hacer la misma rutina diaria?

Mientras tanto, continuaba proponiéndole diferentes dinámicas cuando tomaba lista, pero Toto seguía negándose a participar. Todos los días su foto era colocada en el tablero de presentes por otros compañeros. Ellos también estaban interesados en que Toto lograra ese objetivo y por fin dijera su nombre. Preguntaban: “¿Seño, Toto sabe hablar? ¿Lo ayudamos?”

Continuábamos utilizando unos minutos todos los días la cámara digital. Un día comencé a proponerle que mire a la cámara, así le tomaba unas fotos, Toto comenzó a sonreír. ¡Qué linda sonrisa tenía!

Entonces también le propuse que hiciéramos unas selfies. Al principio lo hice para recordarme que hay buenos días para Toto donde se alcanzan pequeños logros, también quería fotografiar malos días, esos en los que ponía mala cara o hacía berrinches. Entonces fue cuando empezó a reconocerse en las fotos de la cámara. Señalaba su rostro en las fotos y me devolvía la mirada. Yo respondía instantáneamente con varias expresiones: “¡Sos vos Toto! ¡Estás en la foto con la seño!”

Un día, luego de una caminata bajo el sol de otoño, en ese gran patio que tenía nuestra escuela, Toto con su mirada dulce, bucles color oro, sonrisa gigante, observando las fotos de la cámara, señalándose dijo: ¡Toto! Con mucha alegría y disfrutando tan maravilloso momento dije: “¡Sí, ese sos vos!”

Encontré una manera de que Toto se reconozca, a través de poner la mirada en esos momentos importantes para él dentro de la escuela, momentos de aprendizaje, de diversidad de propuestas, de aprender a reconocerse uno mismo, con lo que eso conlleva para un niño con autismo. Toto estaba expresando felicidad y eso es encantador para el alma de una docente, yo era su Seño, la que confió en él y buscó muchas formas de llegar a algo tan necesario como reconocerse.

Imaginaba ese día y esperaba ansiosa de que llegara, porque a veces es muy difícil la tarea docente y más en el área de la educación especial. Estoy muy agradecida y me siento bendecida de haber tenido la oportunidad de ser la persona que lo acompañó en estos momentos mágicos de aprendizaje, de amarlo y guiarlo, y sobre todo de haber sido su docente. ¡Soy muy afortunada! ¡Qué felicidad tuve ese día en el que él pudo comenzar a participar con sus compañeros, reconociéndose, nombrándose y señalando la foto que la seño imprimió de su rostro!

“¡Sí, ese sos vos, Toto!”